

CAPITULO DIEZ Y SEIS.

Del Don de Profecia, conque Dios adornó à su amado Siervo Aparicio.

PROVIDA la Bondad Infinita de nuestro Gran Dios, y Señor repartió à diversos sujetos los Dones de su Santo Espiritu, para que cediessen todo en mayor hermosura del cuerpo mistico de su Iglesia. Y assi dize el Apostol San Pablo: A vnos dió el Don de la Sabiduria, à otros el Don de la Sciencia, à otros el Don de Lenguas, à otros la gracia de curar enfermedades, y à otros el Don de Profecia. Este entre otros concedió à su amado Siervo Aparicio, en quien quiso manifestar su espíritu para utilidad del proximo, como lo muestran los siguientes calos, donde se ofrece bastante materia para alabar à Dios.

Sea el primero vno perteneciente à su contemporaneo el Padre Fray Fernando Cortesero, del Orden de nuestro Padre Santo Domingo. Es admirable, y digna de toda ponderacion la conformidad, que ay en las dos Religiones de nuestro Padre Santo Domingo, y de nuestro Padre San Francisco, muy hija de aquella ardiente caridad, conque los dos Santisimos

Santisimos Patriarcas se amaron en Dios, y assi vemos la igualdad, conque la Magestad Divina favorece à la vna, y à la otra, de tal manera, que si à la vna dà vn Santo, en igual correspondencia concede à la otra otro de la misma grandeza, y dignidad. Esto se verifica desde los mismos nuestros Santos Padres, que tan similes fueron en la santidad, y virtud, que con emulacion sagrada se procuraban imitar vno à otro, haziendose vno solo en el fuego de el zelo, y amor de Dios, y salvacion de las almas. Despues concurrieron no menos parecidos los dos intimos amigos, y gloriosos Doctores Santo Tomás de Aquino, y San Buenavétura: Compitieron tambien sagradamente S. Vicente Ferrer, y S. Bernardino de Sena, las dos Matriarcas Santa Catalina, y Santa Clara, las dos Rosas, y assi las demas. En profecion de esto ilustró Dios la Ciudad de la Puebla con dos Siervos suyos tan uniformes en las acciones, vidas, y virtudes, que parece, que por el vno delineaba Dios las excelencias del otro. A el mismo tiempo, que florecia en el Convento de nuestro Padre San Francisco nuestro Venerable Aparicio, floreció tambien en el Convento de nuestro Padre Santo Domingo el Venerable Padre Fernando Cortesero, tan semejante à nuestro Aparicio,

Alis propheta. 1. Ad Chor. cap. 2.

cio, como lo diràn las señas : Ambos fueron hombres ricos en el siglo , y ambos casados (aunque Aparicio sin llegar al uso de el matrimonio; pues se conservò en su virginidad pura hasta morir) Aparicio diò su hacienda à las Monjas de Santa Clara de Mexico, Cortesero gastò el quinto de sus bienes, que avia reservado para sí (despues de aver embiado las otras partes à sus hijos, y legitimos herederos) en vestir à los pobres, que asistían en el Hospital de San Hipolito, que en la misma Ciudad de Mexico fundò el Venerable Bernardino Alvarez, Uaron de mucha virtud, y edificacion. A vno, y à otro los llamó Dios à mayor perfeccion en dicha Ciudad de Mexico, y ambos pasaron à ser Santos à la de la Puebla; ambos ruyerò primero el habito de Donados, y en edades muy crecidas (pues Cortesero era de sesenta años quando lo recibió, y Aparicio de setenta y vno) y despues vno, y otro hizieron profelsion solemne de Religiosos Legos, Cortesero de Lego blanco con habito, y capilla blanca, y con corona abierta, y Aparicio como los demás Legos de la Orden. En lo interior de sus virtudes fueron tambien muy parecidos, como consta de sus historias. En la que de el Padre Fray Fernando Cortesero escriviò el Padre Fray Juan de Medrano,

drano, Lector de Theologia, y Regente de los Estudios en el Real Colegio de San Luis de la Puebla, en el Capitulo veinte y vno, en que trata del espiritu de Profecia, conque este Siervo de Dios declaraba algunas cosas futuras, dize : Que se encontraron los dos en el Pueblo de Acatzinco, distante dos leguas de la Ciudad de Tepeaca; y sin averse visto corporalmente otra vez, se conocieron en espiritu, y se abrazaron amorosamente, como antes lo hizieron en Roma nuestros Santos Patriarcas Domingo, y Francisco, y el Venerable Aparicio dixo al Venerable Cortesero, que se alentasse mucho en el servicio de Dios, porque le hazia saber, que avia de ser muy honrado en la muerte, y que avia grande concurso de gente, que con devocion acudirían à su entierro, y hariàn grande estimacion de sus Reliquias, por las muchas maravillas que Dios avia de obrar con ellas.

Hallandose en vna Estancia, viò que un mancebo se disponia para ir à la Ciudad de los Angeles, de donde estaba cerca, y conociendo con el espiritu profetico, que el Señor le diò, que los intentos del mozo eran malos, caritativamente lo llamó, y desseo de estorvar la ofensa, que queria hazer contra Dios nuestro Señor, y el daño que le amenazaba, le

le dixo: Hermano, guardaos de ir á la Puebla, que no os está bien, porque os aveis de ver en gran detrimento de la vida. Preciosísimo aviso para deponer qualquier depravada intencion, quando no fuera para impedir la culpa, si quiera por huir el peligro temporal de la vida, que tan estimable es, y mas quando con la pérdida de esta, se seguia la muerte del alma, por hallarse en pecado. Mas el Mancebo tan ciego estaba, y vencido de su torpe apetito, que aunque oyó el sano consejo del Venerable Aparicio, y misericordiosa monicion de la Justicia Divina, con todo vno, y otro desprecio. Y subiendo (como á excusas del Padre quando á nochejó) á cavallo partió á la Ciudad á executar su malicioso disgnio, donde experimentò, lo que el Venerable Padre le avia prevenido, pues llegando á ella, los que sospechaban su maldad, salieron á matarle, y fue grande el riesgo, en que se vió: y quizá no tuvo efecto por las oraciones del Siervo de Dios, que como quien sabia tan clara la verdad, no cessaria de orar por él, para que no se perdiesse su alma. Entóces conoció su hierro el Mancebo, y aviendo librado la vida, se bolvió á media noche á la hazienda, procurando entrar con silencio, cautelando su malicia, y ocultando el peligro, en que avia

avia estado. Pero como el alma del justo mira desde lexos las cosas verdaderas con mas certeza, que siete vigias, ò centinelas que estèn en lugares altos para registrar, como lo dize el Espiritu Santo por boca del Eclesiastico, assi no pudo ocultarsele el suceso al justo Aparicio, y á la mañana quando vió al mozo, le refirió todo lo que le avia sucedido, reprehendiendole con caridad su culpa, y encargandole la enmienda. Lo qual causó en el Mancebo grande confusion, y espanto, y tambien mucha luz, para que saliesse de las tinieblas, en que le avia cegado el pecado, y procurasse mudar de vida, y costumbres, antes que estos avisos de la misericordia passassen á ser rigores de la justicia.

Passando por el Pueblo de Santa Inès, jurisdiccion de Topoyango, hallò en èl vna muger muy aflixida, á quien dixo: *Hermana, Dios os guarde. Pareceme que estais con pena, porque vuestro marido os quiere dexar, é irse al Perú, yo os ruego por amor de Dios, que no la recibais, sino consolao, porque os aseguro, que ni os dexará, ni se irá, que yo lo tomò á mi cargo.* La buena muger que oyó tales razones de la boca del Venerable Padre, manifestativas de su oculto pensamiento, quedò admirada, y por salir de la duda, le preguntò: Si le avia dicho

*Anima viri
sancti enūtiat
aliquando ve-
ra, quam septē
circūspectores
sedentes in
excelsō ad
speculandum.
Eccles. c. 37.*

dicho algo de aquello su marido? A que respondió el Siervo de Dios: *No lo he oído, ni sabido de nadie, mas yo sé que no os dexará.* Y sacando de la manga vn poco de pan, y vnas cebollas, que llevaba, se las dió, y prosiguió su viaje, dexandola consolada, y juntamente proveída de alimento. Quando el marido llegó à su casa, y la muger le informó de lo sucedido, con admiracion dió muchas gracias à Dios, porque el secreto que él tenia en su corazon, lo sabia el Siervo de Dios Aparicio, y teniendo por no agradable a Dios su viaje, se quietò, mudò de intento, y viuió en el Reyno muy gustoso, porque le mejoraron de puesto.

Estando vna niña enferma de hidropesía en la Ciudad de los Angeles, tratò su dolorida madre de valerse del favor de los Santos; y para esto fue al Convento de nuestro Padre San Francisco, y en el Altar de San Diego estuvo haziendo sus peticiones, y promessas, suplicando al Santo dilatasse la vida à su hija, y le restituyesse la salud perdida, y que si se la sanaba, se la ofreceria, y consagraria à su servicio. Estando en esta rogatiba, se acordò que viuia en aquel Convento el Padre Aparicio, y con la noticia que tenia de su virtud, y maravillas, que obraba Dios por él, lo embió à lla-

à llamar, y con el dolor q̄ se dexa entender, le pidió afectuosamente que hiziesse oracion à Dios por vna enferma, que tenia: Sin declararle quien fuesse, ni otra circunstancia alguna, mas (como para el Siervo de Dios estaban demàs las noticias humanas, por la luz sobrenatural que le asistia) le respondió: *Hermana, dexaos de esso, que la niña se quiere ir à descansar con los Angeles.* Replicóle la madre, que por amor de Dios lo hiziesse, porque era su hija. Prometiòle el Venerable Padre hazerlo; pero le dixo, que no se cansasse, porque la niña se avia de ir con Dios de aquella enfermedad, como sucedió, que dentro de ocho dias murió, quedando la madre, si triste de la muerte por el sentimiento natural, conforme con la voluntad de Dios, como quien estaba prevenida, y avisada: porque hieren menos las saetas, quando se ven antes, que lleguen; como dize el gran Gregorio.

Casose vna donzella hija de vn Labrador, y à breve tiempo enfermò de vn accidente mortal; su padre que tenia amistad con el Padre Aparicio le rogò, fuesse à visitarla para su consuelo, y que tambien la encomendasse à Dios. Todo lo hizo el Santo Varon, y lo que resultò de su visita, y oracion; fue dezir: *Esta niña tiene hecha alguna promessa à Dios, y por-*

*Minus enim
sacula ferunt,
que prouidentur.*
Greg. Hom.
85. in Euag.

*Indubitè
cor. Paulo.
m.
Exod. c. 17.*

Vida, y Milagros del Venerable

que no la ha cumplido, morirà sin remedio. Assi fue todo como lo dixo el Siervo de Dios, por que la niña murió à los dos dias, y despues de muerta se supo que avia hecho voto de Religion, y que su padre violentamente la avia casado. Estorvole que se desposasse con Christo de Religiosa en esta Iglesia Militante, y por esso su Divina Magestad se la quitò, para que fuesse à celebrar las Bodas eternas de la Bienaventurança: porque si à la hija de Jeptè le costò la vida vn voto de su padre, què mucho que esta padeciesse la muerte por vn voto proprio, aunque fuesse con grande sentimiento de su padre, que le impidiò el mas casto, y soberano desposorio con Jesus?

Solian burlarle algunos, ò dezirle chocarrerias, y el Venerable Padre sin enojo alguno les dezia: *Deo gracias, adelante lo vereis*: Y estas palabras solas compungian, y causaban temor à quien las dezia. Y si la persona era de malas costumbres, ó viuia mal, le añadia otras: *Deo gracias, mirad, que vais agua a baxo*. Muchas vezes avia persuadido el Venerable Aparicio à vn hombre vicioso, que se apartasse de la mala ocasion de ofensa de Dios, en que viuia; pero èl rebelde, y con el corazon endurecido como el de Faraon para resistir à las Divinas inspiraciones, conque le avisaba por medio de

*Indurati est
cor Pharaonis.*

Exod. c. 13.

Fray Sebastian de Aparicio. 179.

su Siervo, nunca quiso executar lo, aunque no dexaban de estimularle mucho la conciencia las eficazes razones de Aparicio (que en el mas duro pecador hazen interiormente mella los piadosos llamamientos de Dios, y de sus Ministros embaxadores, aunque èl mas quiera despreciarlos, y assi quando no responde, le sirven de mas rigorosos testigos que le acusen) este de ninguna manera trataba de admitir, ni corresponder à los muchos avisos, que el Señor le embiaba por medio de su Siervo Aparicio, y assi encontrandole vna vez en vna casa le dixo: *Deo gracias; vos prenda rematada, negligente para las cosas de Dios: mas adelante lo vereis*. Todo esto no le atemorizò, sino que prosiguiò con su mala vida, mas por vltimo le embiò Dios el castigo en vna muerte repentina en vn monte, donde su cuerpo fue alimento de Lobos, que à pedazos se lo comieron, con harto sentimiento de los que sabian lo que el Venerable Padre le avia renunciado. Y lo mas temeroso, y sensible, era el rezelo que dexò, de que su alma huviesse sido presa de los Lobos Infernales.

Avia vn Religioso Lego en cierta Religion muy humilde, de vida exemplar, y por quien el Señor obraba muchas maravillas. Los Prelados conociendo su singular virtud, quisieron

premiarsela con hazerlo de corona. Quando lo supo Aparicio, entendiò tambien ser desagrado de Dios, y assi se llegò à él, y le dixo: *A Hermano, que buen camino llevais! No os aparteis del, que serà con peligro: porque las honras son buenas en el Cielo, y no acá.* El Religioso, que no diò assento à sus palabras, se dexò abrir la coroma, y desde entonces parece que el Señor cerrò la puerta à los regalos, con que lo favorecia en esta vida, disposiciones conque lo avia de coronar en la Gloria. Y con esto èl se entibiò, y desde entonces dexò de hazer los Milagros, que el Señor obraba por su mano. Porque como se contentò con la material corona, que se abrieron en la tierra, no trabajaba, ni anhelaba tanto por la gloriosa corona, que Dios tiene prometida à los que acá se precian de ser por su amor Siervos depreciables: quando fuera muy distinto el premio, que tuviera en el Cielo, si la corona de la tierra la huviera renunciado à exemplo de aquellos Venerables, y gloriosos Ancianos, que viò San Juan, que arrojaban sus coronas ante el Trono de Dios.

Gloria & honore coronasti cum Domine. Psal. 8. Mittebant coronas suas ante thronum Dei. Apoc. cap. 7.

Vn dia sobre tarde venia el Venerable Padre con sus carretas en vn cavallexo flaco, sin manto, ni sombrero, solo con vn habito roto, descalço, las piernas taxadas, y abiertas del

del frio, y ayre; y llegando à la puerta de vna casa, dixo à vna muger: *Ay un poco de pan que darne por amor de Dios?* La muger dixo à su marido (que estava en el zaguan encubierto con la puerta, de manera que no le podia ver el Venerable Padre) pan pide el Padre. El marido dixo que le diesse dos tortas; ella replicò, que si las daba, no quedaba pan para cenar, porque no avia mas en la casa. El respondiò, que no impertaba, que Dios le daria; estas razones se hablaron entre marido, y muger, tan baxas, que no las pudo oir el Venerable Padre, por estar en la calle, y retirado. Mas facando la muger las dos tortas, y dandofelas al Siervo de Dios, èl recibió la vna, y la entrò en la manga, y dixo: *Andad hija, guardaos la otra, para que cenéis vos, y vuestro marido, que ya se que no teneis mas pan.*

En otra ocasion llegó à la hazienda de Joseph de Padilla, en la Cienega de Chololam, y pidiò por amor de Dios le diessen alguna cosa que comer, que tenia necesidad. Respondiòle Felipa de Santiago, que no tenia cosa alguna que darle, y el Siervo de Dios le replicò, diziendo: *Pues los guebas que teneis debaxo la cama, para que los quereis?* Admiròse la muger, y quedó turbada oyendo la verdad, que le avia dicho el Venerable Padre: